



KEPA AULESTIA

INGENUIDAD HOMICIDA

La exoneración política de la izquierda abertzale
cierra una historia que empezó a escribirse hace años

Hoy hace veinticinco años María Dolores González Katarain, 'Yoyes', fue asesinada por ETA cuando paseaba con su hijo por su Ordizia natal. Un pistolero ejecutó la sentencia que meses antes había sido redactada en las paredes del Goherrri guipuzcoano. Alguien justificó el crimen públicamente por tratarse de una «general» que había desertado. Fue uno de tantos 'antes y después' con los que la banda ha jalonado su trayectoria empleando un mecanismo ciertamente eficaz: cada atentado que parecía impensable la víspera de cometerse se convertía en el shock idóneo para que el aparato digestivo de la izquierda abertzale se habituara a la bárbara espiral.

Pero aquella muerte dejó sobre todo en evidencia la ingenuidad homicida en la que se arrebujaba buena parte de la sociedad vasca. La fe en la bonhomía de quienes empuñaban las armas invitaba a pensar que nunca harían tal o cual cosa. El asesinato de 'Yoyes' horrorizó a quienes imaginaban líneas rojas que ETA no traspasaría jamás, deplorando, pero explicándose, que matase a unos, porque iba de suyo, siempre que no acabase con la vida de otros. Durante años, una y otra vez, la ingenuidad homicida afloraba para sorprenderse ante los asesinatos de quienes, al parecer, no debían constar en la lista correspondiente, mientras mostraba un desa-

grado de circunstancias frente a otras muertes.

'Yoyes' no podía reivindicar para sí la inocencia perdida. Ese fue el argumento definitivo que en el último párrafo de su sentencia de muerte hicieron constar quienes decidieron ajusticiarla siguiendo el ritual mafioso. Los que dieron aquella orden, los que la llevaron a cabo y los que la secundaron tratan ahora de dejar atrás el pasado buscando que la Historia les exonere de haber cometido o jaleado atrocidades porque no estaba en su mano evitarlas. Es ésta la victoria que persiguen cuando ralentizan y posponen tomas de decisión y declaraciones inequívocas, afanándose en enredar al resto con sus juegos de palabras. Cuando se entretienen en los vericuetos del Acuerdo de Gernika; cuando se prodigan en protocolizar el desistimiento para que sean los demás quienes desistan de exigir-

les alguna autocrítica, una muestra de arrepentimiento, un gesto de compasión.

Es lo que significa el anuncio de que un día escenificarán su particular reconocimiento hacia las víctimas, apostillando siempre que a todas las víctimas sin distinción. Aquellos seres convertidos en objeto inerte en los listados del terror van a ser, a todas luces, desposeídos de su personalidad para que sus victimarios puedan sentirse en paz consigo mismo. Las víctimas se verán sometidas nuevamente a una descarnada clasificación en virtud del grado de inocencia que pudiera reclamar su respectiva memoria. En realidad, en virtud del grado de ingenuidad con el que se decore el ominoso restablecimiento de su buen nombre suscrito por los reuñentes testaferros de sus verdugos. «No debió morir» será la conclusión al final de la liturgia. Sus 'reconocedores' ni siquiera se atre-

verán a entonar un «no debió morir así», puesto que admitirían una culpa y señalarían un culpable.

La ingenuidad homicida ha permitido el desarrollo de dos historias paralelas. Por un lado, la de las sentencias condenatorias que dan cuenta de la identidad de los asesinos junto a la de sus cómplices contemplado como parte de un procedimiento ajeno a la verdad profunda de las cosas, incapaz de ahondar en las causas últimas de lo ocurrido y, por ello mismo, injusta respecto a la conducta de jóvenes que no vieron otra solución que matar. Junto a ella, el relato auténtico de un pueblo doliente que trata de liberarse de sus ataduras y conflictos con torpeza, incluso con brusquedad, causando daños y pérdidas que solo pueden imputarse a la cerrazón de quienes se han empeñado en cegar las salidas a un contencioso de siglos.

Pues bien, estamos donde estamos, y no es fácil corregir el curso de los acontecimientos que apuntan a la exoneración política –es decir, electoral– de la izquierda abertzale y, a través de ella, a la extensión de un perdón ambiental nunca solicitado a los actores materiales del terror. Es el precio ineludible al que nos ha conducido, a través de los años, la ingenuidad homicida. Esa disposición tan vasca a solventar las cuitas sin demasiadas exigencias.

El nacionalismo en su conjunto ha sido partícipe de tal ingenui-

dad. Los puentes que ha dispuesto para que la izquierda abertzale pudiera arribar hacia la democracia han sido siempre interesados. Alejar lo contrario es inútil. La izquierda abertzale era el hijo pródigo, pero sobre todo era el depósito de reserva que, mientras se hallaba ausente de las instituciones, favorecía la sobrerepresentación abertzale, y que sentada en los escaños del Parlamento contribuía a ensanchar las aguas en las que podía maniobrar el partido fundado por Sabino Arana. Su escisión de 1985, EA, ha acabado siendo el intérprete más genuino de semejante papel, comprensivo como nunca con los ritmos propios de un mundo que se esfuerza en trocar la derrota por la victoria, agradecido de haber hallado la enésima tabla de salvación que les permite perpetuar las siglas. De nada sirve que Urkullu se prodigue ahora en descubrir los déficits de los herederos de Batasuna y las sorpresas que puedan depararnos, o que Egibar se esfuerce en sortear la envenenada oferta lanzada por la izquierda abertzale para que el PNV se adhiera al proceso en marcha. Podemos estar seguros de que el ocaso de la violencia física no tiene ya marcha atrás, pero también de que es tarde para modificar el guión establecido por sus principales protagonistas, que dejará un poso de ruindad en la conciencia colectiva de una sociedad relajada gracias a la ingenuidad.